

Título ¿Una tercera guerra mundial en etapas?

Tipo de Producto Divulgación

Autores Battaleme, Juan

Código del Proyecto y Título del Proyecto

A15S21 - Las relaciones Argentina China en un contexto de cambio (2005 – 2015)

Responsable del Proyecto

Battaleme, Juan

Línea

Agenda Internacional

Área Temática

Ciencias Políticas & Relaciones Internacionales

Fecha

Diciembre 2015

INSOD

Instituto de Ciencias Sociales y Disciplinas
Proyectuales

UADE 



¿Una tercera guerra mundial en etapas?



Juan Battaleme

Por Juan Battaleme, Mag. en Ciencias del Estado, UCEMA; Mag. en Relaciones Internacionales, FLACSO. Profesor de Relaciones Internacionales.

Revista UCEMA, diciembre de 2015.

Con la fuerza de su prédica, el Papa Francisco señala que estamos transitando una Tercera Guerra Mundial que se libra por etapas. Esta idea posiblemente influye en las acciones que comanda a través de la diplomacia vaticana, como lo demuestra el descongelamiento de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba, su constante predica por la paz, y su labor en la agenda relacionada con la seguridad humana, a saber, terrorismo, cambio climático, o los desajustes del sistema capitalista.

El conflicto posee una escala mundial pero se pelea regionalmente en múltiples escenarios de batalla, dispersos aunque interconectados. Esta guerra comenzó en la mal llamada “posguerra fría” y se mantiene hasta el presente. A los efectos prácticos, la podemos dividir en tres etapas diferenciadas pero con rasgos comunes entre ellas. La primera va desde el 20 de diciembre de 1989 hasta el 11 de septiembre de 2001. La segunda la podemos ubicar desde el 7 de octubre de 2001 hasta octubre de 2011. Y finalmente desde fines de 2011 hasta la actualidad. Si bien existen contrastes entre las distintas etapas, hay continuidades propias y distintivas del momento, lo cual nos permite reconocer cierta unicidad histórica.

Como período temporal integrado, las tres etapas presentan las siguientes condiciones comunes: 1) existe un contexto de interdependencia económica, con lo cual hay causas y efectos que repercuten en áreas geográficas diversas y en múltiples agendas; 2) presenta un formato asimétrico; 3) son conflictos que van desde lo convencional a la insurgencia; 4) el frente de batalla es tanto geográfico como virtual; 5) es acerca de acceso a recursos, terror, imposición de ideas y posicionamiento global; 6) los actores contendientes compiten en algunas agendas, cooperan en otras; 7) militarmente implica una larga campaña donde las batallas no producen un claro vencedor sino una serie de incesantes ambigüedades geopolíticas. Nadie está ganando la llamada "Tercera Guerra Mundial".

La operación norteamericana Causa Justa (1989) dio comienzo a este ciclo para finalizar con los atentados del 11-S por parte de Al Qaeda (2001). Conocido como el momento unipolar norteamericano, se caracterizó por ser una campaña ofensiva organizada bajo preceptos de multilateralidad y de orden liberal. La "globalización a la americana" se desplegaba con toda su fuerza no sólo económica sino también militarmente.

Es así como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) comenzó un lento proceso de expansión a la frontera con Rusia. Las misiones de paz de la ONU fueron centrales porque legitimaban y daban autoridad a la expectativa liberal de orden a través del consenso. El resultado fue una serie de campañas victoriosas por parte de Occidente, entre ellas la Guerra del Golfo y las guerras en la ex Yugoslavia. Estados Unidos actuó como policía del mundo ya que, en buena medida, si no eran ellos no podía ser nadie; porque no existían actores que pudieran afrontar los costos de diseño del orden emergente. De ahí la visión de Madeleine Albright acerca de la nación indispensable. Solo África fue un terreno adverso para Occidente. EE.UU. fue seguido más que resistido y su liderazgo resultó la clave de esta etapa.

Argentina jugó un rol importante en ese proceso, al punto tal que marcó una diferencia con el resto de los países de América Latina, desde la Guerra del Golfo en una coalición multilateral hasta las distintas misiones de paz, culminando con nuestro involucramiento en Kosovo. El esfuerzo en la construcción de dicho orden internacional fue recompensado con la designación de Aliado Extra OTAN y el reconocimiento de nuestro rol en temas de seguridad internacional.

Para 2001 esta etapa se encontraba agotada. El reacomodamiento de Rusia y el ascenso de China, junto al creciente desencanto con el orden liberal, se tradujeron en una violencia incremental que se reflejó en los ataques a las embajadas de Kenia y Tanzania, el ataque al USS Cole, culminando con el ataque a las Torres Gemelas.

La invasión norteamericana a Afganistán (fines de 2001) marcó un nuevo inicio, para concluir entre la llamada "Primavera Árabe" (fines 2010) y el retiro norteamericano en Irak (2011). Esta etapa presenta un creciente pesimismo acerca del futuro del orden internacional y de la capacidad de los grandes poderes para construir un orden estable y duradero. Occidente siguió a la ofensiva, lanzando dos operaciones militares de gran envergadura -Afganistán e Irak- y una serie de operaciones de baja intensidad por todo el planeta en múltiples periferias turbulentas.

El uso unilateral de la fuerza y el abandono del consenso por parte de EE.UU. fue fuente de tensiones al interior de la alianza occidental y de repudio por parte de actores centrales de la política internacional. El empleo de términos absolutos como "eje del mal" provocó disensiones, divergencias y, en el largo plazo, un debilitamiento general en los argumentos de intervención. Petróleo, civilización y democracia se entrecruzan en una creciente cacofonía de voces que pugnaban por legitimidad.

Si Occidente peleó a la ofensiva, es justo remarcar que la iniciativa en la guerra estuvo en disputa. Al Qaeda y sus afiliados lograron usar bien la sorpresa estratégica, causando ataques exitosos en Australia, Rusia, Inglaterra, España, India y Pakistán, recordando constantemente que no todos los combates se librarían en sus territorios y que tenían la capacidad de atacar las capitales de sus aliados. La incapacidad para consolidar las victorias alcanzadas en Irak y Afganistán terminó resultando en un fracaso político de proporciones. El legado de Irak permanece como uno de los más contraproducentes de esa etapa.

Las tensiones entre las grandes potencias, en especial con Rusia, se incrementaron por la poca consideración occidental hacia sus necesidades geopolíticas. Rusia y China comenzaron con los esfuerzos de coordinación política que se transformaron en alianzas como lo es hoy la Organización de Cooperación de Shanghai. En el escenario europeo Rusia inició su propia campaña defensiva pero de características ofensivas, comenzando con una serie de ataques en el ciberespacio contra Estonia en 2007 y más tarde con la invasión de Georgia en 2008. La era de la resistencia pasiva y diplomática había llegado a su fin.

China aprovechó el momento estratégico para fortalecer su posición regional, primero expandiendo su comercio y detrás del mismo sus capacidades navales.

Quien era Papa en ese momento, Benedicto XVI, realizó un esfuerzo diplomático por lograr algún tipo de acuerdo interreligioso que permitiera, al menos, una tregua en las zonas geopolíticamente más calientes. Para 2008 Al Qaeda en Irak estaba mutando al Isis y en 2010 la estrategia de política internacional del Papa no lograba generar efecto. El esfuerzo por mantener el statu quo va a ser desafiado por actores estatales y no estatales.

El agotamiento de la sociedad norteamericana, con la guerra de Irak y la crisis económica de 2008, aumentó la frustración doméstica e hizo que las prioridades se reorienten llevando eventualmente a la finalización de este ciclo.

Argentina, que había estado muy activa en la etapa anterior, optó por mantenerse al margen de estos conflictos y retirarse del escenario internacional. Con el paso del tiempo se volvió reactiva a los lineamientos de orden liberal y crítica de todo lo que tuviera que ver con el accionar de EE.UU.

La actual etapa comienza con la guerra civil en Libia y el derrocamiento de Khadaffi (2011). La primavera árabe se transformó en un cisne negro para Europa y EE.UU., al punto tal que los respectivos líderes políticos no tuvieron en claro cómo actuar más allá de declamar su apoyo a los cambios democráticos que depararían el fin de las autocracias y, por ende, aumentarían la inestabilidad en el Norte de África y Medio Oriente. Derrocar a Khadaffi no trajo ni paz ni estabilidad sino que sumió a Libia en un infierno peor.

Para esta época, el Isis está plenamente desplegado, demostrando una gran capacidad para tomar terreno jaqueando política y militarmente a Siria e Irak. Ellos ya no solo tienen la iniciativa sino que van a pasar a la ofensiva, poniendo a Occidente a la defensiva. Su poder se va traduciendo en éxitos territoriales y en ambigüedades políticas por parte de sus contrincantes.

Las consecuencias de la guerra de Siria, producto de voluntad de Rusia de avalar a Al Assad, llevó a los niveles actuales de violencia, entre ellos el uso de armas químicas y, actualmente, a un involucramiento mayor por parte del Kremlin en el apoyo al presidente sirio.

La ofensiva del ISIS y sus consecuencias comienzan a sentirse por toda Europa en su rostro más brutal: miles de desplazados, refugiados o muertos en el Mediterráneo como consecuencia del tráfico de personas, al tiempo que muestran los límites del paraíso liberal europeo junto con los temores y rechazo de los países que son hoy tránsito de esas almas. Pero, al mismo tiempo, crece la preocupación por los cientos de musulmanes que vivían en Europa pero parten para sumarse a las filas del Isis, mientras que otros comienzan a infiltrarse en ese continente, aprovechando la crisis humanitaria.

Frente al intento de expandir nuevamente la OTAN y la UE, Rusia lanzó una operación militar de carácter ofensivo que concluyó con la toma de Crimea y la partición de facto de Ucrania. China, habiendo consolidado sus capacidades, se lanzó a la ocupación del espacio marítimo. EE.UU. se debate entre una estrategia de contención y eventual conflicto con una de compromiso con ese país. Japón revisa su estrategia espacial y ciberespacial, y Australia pone a punto su flota y fuerza aérea y revisa qué tipo de relación tiene con China.

China, Rusia, Corea del Norte y varios grupos criminales y terroristas han iniciado una extensa ofensiva en el ciberespacio, ya sea para hacerse de secretos de Estado, generar interrupciones en sus redes o poner a prueba la defensa de Occidente en una guerra no declarada, de largo alcance y constante, que tiene al espacio virtual como campo de operaciones. EE.UU. tuvo, en Assange y luego en Snowden, que enfrentar los problemas derivados de su capacidad de espionaje mundial.

Francisco lleva adelante su papado en este contexto. Desactivar conflictos y tensiones resulta clave porque sabe que esta etapa es proclive a una escalada en las tensiones y violencia. Su premura resulta de entender que los tiempos políticos son más cortos, los errores en las percepciones más frecuentes y que en esta situación los hechos consumados agregan inestabilidad estratégica. De ahí su premura de recordarnos acerca de qué trata el actual conflicto. Esta etapa está lejos de ser la última y no necesariamente es la peor. La historia de la humanidad se encuentra repleta de ejemplos de lo relativamente sencillo que es para nosotros descender al infierno.

<https://www.ucema.edu.ar/revista-ucema/nro29/tercera-guerra>